

Será una historia árabe, para continuar aquella de *Las mil y una noches*; y tendrá una moraleja, que yo me cuidaré de deducir y de presentar á los ojos de usted, porque usted no es sagaz—y verá por ella que soy capaz de componer con orden relaciones sensatas, y de hacerlas instructivas.

LAS TRES SEÑORAS DE LA KASBAH

(CUENTO ORIENTAL)

I

¡En el nombre de Alá, muy clemente y muy misericordioso!

Había en una ocasión tres señoras que vivían en Argel, en la Kasbah.

Y estas tres señoras se llamaban *Kadidja*, *Fatmah* y *Fizah*.—*Kadidja*, era la madre; *Fatmah* y *Fizah* las dos hijas.

II

Estas tres señoras se aburrían mucho porque no tenían nada que hacer en todo el día.—Cuando habían acabado de pintar su rostro de blanco y rosa, y sus ojos grandes de negro y de beleño, para hacer-

los aún mayores y darles expresión adormecedora, permanecían sentadas en el suelo, en un patio pequeño y profundo, donde reinaba un silencio misterioso y un fresco subterráneo. Alrededor de este patio, una columnata de marmol blanco sostenía ojivas moriscas, ornadas con cenefas de porcelanas azules, y arriba, en esta antigua construcción, se abría en cuadrado bajo el cielo.

Para entrar en la casa de estas tres señoras no había más que una puertecita, tan oculta y tan baja, que se hubiera creído la puerta de un sepulcro. No se abría nunca más que á medias, rechinando sobre sus goznes viejos, y medio escondida bajo las malezas que la cubrían. Las ventanas eran una especie de agujeros irregulares, próximamente del tamaño de gateras, y estaban provistas de pesadas rejas incrustadas en el muro; eran trampillas que parecían traspasadas por miradas furtivas de personas invisibles, y que no recibían ninguna luz del exterior— porque las casas centenarias, uniéndose por arriba, formaban una especie de bóveda por encima de la calle desierta, arrojando sobre el pavimento la semiobscuridad propia de las catacumbas.

Todo era viejo, muy viejo, en la casa de aquellas tres señoras; tan viejo, que el tiempo parecía haber roído y quitado la forma á las cosas.

Las paredes no tenían ángulos; allí no había salientes en ninguna parte; no se sabía qué clase de flores de piedra, ni qué clase de arabescos habían querido representar los artistas de otros tiempos en los capiteles de las columnas y en los frisos de las terrazas. Varias capas de cal, amasadas hacía siglos, lo envolvían todo en vagas redondeces. Aberturas pequeñas, que conducían á rincones olvidados, se disimulaban aquí y allá, en el espesor de las paredes; aquellas aberturas no tenían forma de puerta, tanto se habían gastado por el tiempo; y se creerían agujeros de esos que hacen algunos animales para entrar en sus madrigueras de debajo de tierra. Estas viviendas estaban blancas, á causa de una lechada de cal que las cubría, dándoles un aspecto blando y untoso, confundiéndolo todo en sus blancuras suaves.

Los escalones y las piedras estaban gastados, abarquillados; tanto habían sido pisados por las babuchas y los piés desnudos de las mujeres, que se habían trazado profundos surcos; el marmol de las columnas torcidas había tomado ese color amarillo y ese pulimento particular que dan los rozamientos de las manos humanas, cuando han durado siglos, y que es una manifestación de la vetustez.

Sólo las flores imaginarias, pintadas sobre las

cenefas ó bandas de azulejos incrustados en las paredes, habían conservado bajo su barniz, á través de la evolución de los tiempos, sus frescos colores azules.

III

Todo aquello había permanecido inmóvil, como las calles de la vieja Kasbah, bajo el cielo de Argelia; y los menores detalles de las cosas llevaban el espíritu muy lejos, al pasado ya muerto y á las épocas ya extintas de los antiguos días del Islam.

IV

El aire y la luz caían como en un canastillo sobre aquella casa, amurallada y encerrada dentro de aquel patio de altas paredes. Nada de los ruidos de la calle ni de las casas inmediatas llegaba hasta allí; solamente se comunicaba con la bóveda celeste—con ese cielo de la Argelia, sombrío unas veces, en los días de invierno, otras veces nublado, en los días de verano, cuando sopla el viento del Sahara—pero generalmente azul, de un azul límpido y admirable.

Había esa perfecta soledad de cláustro que caracteriza las moradas árabes, y revela por sí sola todas las celosas desconfianzas, todas las vigilancias feroces de la vida musulmana.

V

El sol poniente caía, deslizándose ó extendiéndose por aquella blancura de las paredes, extinguiéndose por grados para llegar con su luz dulce y confusa á la parte baja donde la cal, mezclada de añil, producía un reflejo azul. Era como una luz azulada, de fuego de bengala ó de apoteosis, la que caía sobre las tres señoras dormidas. Y alumbradas así, en silencio, proseguían sus sueños indecisos, tan ténues y ligeros, como el humo del *kief*.

Encorvándose como las indias, apoyaban sus cabezas contra el marmol de las columnas, y levantaban por encima sus hermosos brazos desnudos, ornados de brazaletes de plata, de coral y de turquesas.

El color moreno de sus brazos redondos, contrastaba con el rosado artificial y la palidez pintada de sus rostros; tenían el aspecto de figuras de cera, con el cuerpo de ambar; sus ojos grandes, profunda-

mente negros, estaban medio cerrados con expresión mística.

Sus vestidos y sus babuchas eran dorados; ellas estaban llenas de bisutería vieja, reluciente tan pesada que, al levantar los brazos, hacía ruido y lucían en la frente diademas de plata.

VI

En aquella penumbra azul, parecían seres quiméricos, sacerdotisas agrupadas en un templo, cortesanas sagradas en un santuario de Baal.

Aquellas tres mujeres que vivían allí, encerradas entre aquellas paredes, en lo alto de la *Kasbah*, en medio del barrio morisco, lejos del Argel profanado y envilecido que habitaban, cerca del mar, parecían haber conservado el misterio y la inviolabilidad de los musulmanes de otros tiempos.

VII

Aquellas tres mujeres se aburrían continuamente en su blanca y vieja prisión. Eran poco habladoras. Apenas cambiaban entre sí, con aire negligente,

algunas breves reflexiones. Dos ó tres sonidos guturales—ásperos como el viento de la noche en el desierto—salían de sus labios rojos; y después nada, no hablaban una palabra en varias horas.

VIII

A veces se ocupaban en estrujar rosas ó flores de azahar para hacer perfumes. Fumaban ó se entretenían en cantar, acompañándose con un tambor. Estaban como sumergidas en una tristeza inmensa, en un profundo estado de embrutecimiento; hijas de una raza condenada, se sometían á aquella fatalidad con resignación triste y silenciosa.

IX

Las tardes de verano, al ponerse el sol, subían á la terraza, según el uso morisco. Entonces cambiaban las buenas noches con otras mujeres, que vivían como ellas y que estaban encaramadas en lo alto de las paredes, lanzando sus negros ojos sobre la *Kasbah*, como las cigüeñas de las ruinas.

Veían desde allí una serie monótona de terrazas

blancas, y además dos cosas que se elevaban cerca de ellas en el vasto y luminoso cielo: la antigua mezquita de Sidi—Abderramán, con sus bandas de azulejos verdes y amarillos, que destacaban sobre la cal sin mancha—y al lado la silueta rígida de un palmar. A lo lejos estaba el Mediterráneo, extendido como una gran sábana azul, y en la dirección de Sidi-Ferruch, un conjunto de montañas rojas, sobre las cuales los campos de aloes semejaban mármoles azulados.

X

Hacia ya algunos años, el marido de *Kadidja*, Cheikh-ben-Addallah, había sido muerto en una insurrección contra los franceses, y *Fizah* y *Fatmah* quedaron huérfanas. A pesar de las antiguas joyas que las cubrían, restos de las riquezas de sus antepasados, se veía fácilmente que en la actualidad estaban pobres.

XI

Seis marineros, cogidos del brazo, circulaban una tarde por la ciudad de Argel. Estaban de tal manera

borrachos, que la calle Bâb-Azoun no parecía bastante ancha para darles paso, y marchaban desordenadamente cantando una monótona canción de á bordo, que no tenía rima ni sentido:

«Joli baleinier, veux—tu naviguer?»

Joli baleinier,

Joli baleinier.

XII

Su barco había llegado al puerto aquel mismo día, y al arribar habían cobrado el sueldo de seis meses. Lo gastaron en seguida, y por la tarde, sus bolsillos estaban casi vacíos.

Primero habían alquilado dos carruajes para pasearse, con flores en los ojales de las chaquetas, por los barrios nuevos, construídos por los cristianos. Luego se habían sentado en las mesas de todas las tabernas, bebiendo de las cosas más caras, sin reparar en el gasto.

Habían hecho toda clase de tonterías y niñadas; perseguir á los gatos, romper los vasos, abrazar á los perros; habían llamado la atención de las gentes, que se quedaban asombradas al ver la infernal

batahola que producían, más y más aumentada, á medida que estaban más borrachos; golpeaban en el vientre á los árabes que los miraban con aire grave ó les tiraban del capuchón. ¡Cerebros de niños, de ocho ó diez años, rigiendo cuerpos de hombres!

Habían distribuído monedas de plata entre una multitud de pequeñuelos desvergonzados y andrajosos, envilecidos de aspecto y de instintos, que se habían pegado á ellos como á una presa, dándoles fuego para los cigarros ó limpiándoles los zapatos con cepillos que habían robado. Le habían dado un *recorrido* terrible á un judío que les ofreció dos niñas, hijas suyas, y después, un luis á otro que los había conducido á un lupanar, donde las mujeres maltesas habían continuado el despojo.

XIII

Su embriaguez no repugnaba, porque eran sanos y jóvenes. Iban medio desabrochados, adoptando posturas extrañas y espresiones picarescas, y haciendo partícipes de sus reflexiones inauditas á los que pasaban.

Habían andado mucho por la ciudad, y, sin embargo, no sabían dónde se encontraban.

XIV

Se acercaba la noche. Era un domingo de Mayo, y el aire era cálido. En las hermosas y rectas calles que los cristianos han trazado (á fin de que Argel se parezca á sus ciudades de Europa) se agitaban individuos de todas clases: franceses, árabes, judíos, italianos; judías, con justillo dorado; moras, con blanco velo; beduinos, con alquiceles; spahis, zuaivos; ingleses, con cascos de corcho, adornados con un paño blanco, y esa multitud dominguera, que es en todas partes la misma; tenderos en traje de fiesta; hombres con un cilindro negro por sombrero; mujeres con grandes grupos de flores artificiales sobre las vulgares cabezas, y además caballos, carruajes, gente, gente y más gente á pié, gente á caballo, y gran número de beduinos.

En las tiendas se encendían mil lucecitas de gas, haciendo centellear á los ojos de los transeuntes los objetos confusamente amontonados.

Al lado de los almacenes en que se vendían las cosas traídas de París estaban los *cafés* moriscos, donde los hombres, envueltos en sus albornoces,

fumaban tranquilamente el terebinto, sentados sobre los divanes y escuchando historias de otros países que les refería un negro.

Las tabernas rebosaban: grandes y profundas bodegas, con los toneles alineados, donde los marineros del comercio y los malteses, con las gorras de fieltro echadas hacia atrás, prontos á tirar del cuchillo, bebían con muchachas morenas.

De todos aquellos tenduchos salían alientos cálidos; las tabernas exhalaban olores de anís, de ajeno y de aguardiente; los hombres de los alquiceles trascendían á beduino, y dejaban en el aire el humo del tabaco de Argelia y los perfumes del Africa.....

Los baños morunos despedían olores de sudor y agua caliente, y todo aquel pueblo rebosaba la inmoralidad, los excesos y la embriaguez de su domingo.

Lodazal de dos ó tres razas, que mezclaban sus lujurias, Argel tenía la desnudez cínica de los lugares que han perdido su nacionalidad para prostituirse, para entregarse á todos. Y sobre aquella Babel, el cielo azul y las líneas de las bellas casas producían una impresión extraña, semejante á la de un París muy cálido.

Los seis marineros iban juntos, empujando siem-

pre á todo el mundo y cantando las mil estrofas de su canción:

Joli baleinier, veux—tu naviguer?

Joli baleinier,

Joli baleinier.

XV

Llegó la noche, y tomaron por casualidad una calle tortuosa y empinada, viéndose sorprendidos de repente por una sensación inesperada. Habían entrado en la vieja ciudad árabe, y alrededor de ellos todo cambió bruscamente. No se oía nada, y estaba muy oscuro: el ruido de sus voces les sobrecojía en medio de aquel silencio, y cesaron de cantar por efecto de un sobresalto repentino y medroso. Su alegría se había helado, y dirigían la vista en todas direcciones: tocaban como para cerciorarse; aquellos viejos muros, aquellas puertecillas erizadas de hierro, las dos paredes muy próximas de aquella calle, y que aún se estrechaban más en la parte alta, sobre sus cabezas, como para aprisionarlos en un cepo; y después tocaban á aquellos hombres corpulentos, vestidos de blanco, cuyos

pasos ahogaban las babuchas y que se pegaban á las paredes, sin decir nada, para dejarlos pasar. A través de su ignorancia y de las neblinas de la embriaguez, veían confusamente todo aquello. Creían haber caído en el país de las leyendas y de los fantasmas, y procuraban recobrar sus ideas preguntándose qué les había sucedido.

XVI

Sobrecogidos por el miedo, dijeron: «¿Dónde vamos á perdernos? Tratemos de volver sobre nuestros pasos.» Intentaron retroceder, pero no se sale fácilmente de las calles de la *Kasbah*, cuando se ha entrado en ellas por primera vez, estando borracho, y equivocaron el camino, echando á correr en fila por aquel laberinto en el que se habían perdido. Ya no tenían miedo; solamente pensaban que el día concluía mal, porque se aburrían después de haberse divertido tanto. Comenzaban de nuevo en voz baja la canción del *Joli baleinier*, ó bien, para distraerse, se ponían á gritar todos juntos. Y las callejas subían y bajaban, con pendientes tan rápidas como resbaladizas, con escalones difíciles, verdaderos saltos de cabra, y cruzándose y confundiéndose,

daban mil vueltas, como en una pesadilla de la que no se puede salir. Eran estrechas, estrechas siempre, hasta el punto de que ellos iban los seis, uno tras otras, agarrados por detrás.

Algunas callejuelas eran abovedadas y estaban más oscuras que boca de lobo, distinguiéndose de vez en cuando, en lo alto, una abertura clara, un poco de cielo con estrellas.

Unas veces llegaban hasta ellos olores de moho y de animales podridos, y otros suaves perfumes de naranjos en flor.

XVII

Joli baleinier, veux-tu naviguer?

Joli baleinier,

Joli baleinier.

En la partida había tres vascos y tres bretones. Los vascos eran artilleros y los bretones gavieros. Estos eran, uno el 216, Kerboul, gaviero de mesa-na. Otro, el 315, Le Hello, gaviero de bauprés. El tercero, era el 118, mi hermano Ivon, jefe de la cofa, que tenía entonces diez y ocho años: el más grave de los seis y el que los dominaba ya con su corpulencia céltica.

XVIII

Los ruidos de aquel día de fiesta no llegaron hasta las tres señoras de la Kasbah, que habían conservado su tranquilidad de momias, detrás de sus muros y sus rejas de hierro. A la misma hora que de costumbre se habían levantado y, como siempre, el fastidio inexorable había presidido su despertar. Cuando habían abierto los ojos el sol caía ya sobre su profundo patio, formando extenso triángulo de luz. Ellas salían de esos países encantados, á donde tienen el poder de conducir á las jóvenes encerradas en el harem, los vapores del ámbar y del *Kief* y los perfumes de las bellas noches de primavera. Habían visto la Meca, y el velo verde de la Santa-Kasbah, sobre el cual estaba bordado el Corán, en letras de plata, por los ángeles. Habían visto Stambul—y los jardines del Gran Señor, donde bailaban bajo los negros cipreses, y entre los vapores del ambar gris, algunos grupos de mujeres, cubiertas de pedrería y con tres grandes ojos cada una. Habían visto á Borak, el caballo volador con cara de mujer, sobre el cual viaja el Profeta, pasar sin ruido con sus enormes alas, bajo un cielo rosado de profundidad infinita, donde los zodiacos miste-

riosos se entrecruzan en lontananza como grandes arcos de oro.

XIX

Al desvanecerse sus ensueños, habían mirado en derredor suyo, retorciendo los brazos, abriendo los grandes ojos medio cerrados, y no habían encontrado ni palacios, ni jardines, ni zodiacos de oro. Nada más que la cal de las paredes, las viejas flores de las bandas de azulejos, las piedras viejas del patio, la desnudez pobre y la eterna blancura de su morada.

Habían dormido en el suelo, sobre unos almohadones, enteramente vestidas, según la costumbre oriental. Así que no tuvieron más que levantarse y separar las colchas argelinas, para encontrarse dispuestas y prontas á comenzar un nuevo y fastidioso día. Aquella madre y sus hijas no se habían dirigido ni una sola sonrisa, al volver á verse, después del sueño de la noche; habían apartado sus miradas unas de otras, con una especie de vergüenza, como mujeres que guardasen entre sí el secreto y la solidaridad de un crimen.

Fatmah, la más joven de las dos hermanas, conociendo la hora por la altura del sol, fué hasta la

puerta sepulcral, que comunicaba con el exterior, y apoyada perezosamente en la pared, se puso á dar golpecitos automáticos sobre la madera apolillada. Aquello quería decir: «Panadero, cuando pases, detente para darnos el pan.»

Aquel era, en efecto, el momento en que se oían en todas las puertas de la Kasbah golpes parecidos, dados por mujeres á quienes no se veía, y que significaban lo mismo. (Las conveniencias exigían que las damas musulmanas no se presentasen en la calle para comprar sus provisiones).

El panadero vino, y por un ventanillo hizo pasar un pan á cambio de una moneda.

XX

Las tres señoras lo partieron para su comida, y comieron después, con el extremo de los labios, algunos trozos de una pasta dulce, hecha con higos y dátiles, cocidos al sol. En seguida tomaron, en tazas muy pequeñas, café más espeso que argamasa para construcciones, y se acomodaron sobre unas esteras para la siesta del medio día.

XXI

Como de costumbre, subieron después á la terraza para tomar el aire de la tarde; pero los resplandores rojos del sol poniente se desvanecían apenas sobre las blancuras de la ciudad árabe, cuando Lalla-Kadidja dió una orden breve á sus hijas, y todas bajaron. Tomaron una pintura negra y rodearon sus ojos con un círculo espeso, agrandándolos desmesuradamente hacia las sienas. En seguida derramaron perfumes sobre sus cabellos y sus manos, se pusieron vestidos de seda brochada de oro y se cubrieron de joyas.

Aquel domingo de los cristianos, día de fiesta y de orgía en la ciudad baja para los marinos, los soldados y los mercaderes venidos de Francia no podía tener nada de común con su vida claustral.—Entonces, ¿para qué esposos esperados eran aquellos preparativos ó para qué solemnidad misteriosa?.....

La bella noche de Mayo, que se extendió bien pronto sobre Argel, las encontró vestidas con el atildamiento y el aparato de los antiguos días.

XXII

«Joli baleinier, veux-tu naviguer?»

Joli baleinier,

Joli baleinier.

Ellos iban siempre al azar por las calles irregulares, que serpenteaban por la ciudad.

Habían atravesado barrios extraños, iluminados con lanternas y farolillos de papel y llenos de beduinos—por instantes crecía el ruido y los gritos en torno suyo—un run run de voces guturales y profundas—conversaciones en una lengua grave, cortada por aspiraciones duras.

Al pasar les dirigían imprecaciones y burlas.

En aquella especie de bazares se vendían objetos sin destino conocido, pedazos empolvados de seda y oro, confundidos con ristras de cebollas; además calabazas, naranjas, legumbres mezcladas con babuchas viejas, y los pescados secos al lado de los paquetes de flores de azahar.

Había allí tiendecillas como madrigueras, en el fondo de las cuales los comerciantes, con aspecto de momias, agrupados, envueltos en los albornoces miserables, parecían espectros patibularios.—Los

agujeros que servían de puertas daban paso á zaquizamis llenos de objetos que revoloteaban ante la vista; allí afeitaban á los hombres con navajas enormes—al lado de otros que tomaban café ó que cantaban con la boca muy abierta y tocando el tambor.

Algunas veces se oían dentro músicas ensordecedoras; grandes cajas golpeadas con fuerza por hombres cubiertos de sudor; pífanos chillones, en los que soplaban hasta romperlos—aullidos rabiosos. Y de vez en cuando, al compas de una flauta—que producía sonidos dulces y melodías quejumbrosas—los hombres bailaban unos con otros, con una rosa puesta sobre la oreja, adoptando posturas graciosas y lascivas como las bayaderas. Y las mujeres, enteramente envueltas en seda blanca, pasaban ocultando el semblante, tímidas y pudorosas; no se veía de ellas más que una forma blanca y velada y dos grandes ojos muy pintados y admirables.

En medio de todo aquello había ya no sé qué calor irritante; y además de los olores especiales de la Argelia, las exhalaciones de los cuerpos humanos y de los detritus orgánicos, recalentados al sol, mezcladas con olores de especias y de aromas, de almizcle y de flores.

Los marineros no se asombraban de pasar diez veces seguidas por los mismos caminos, como sucede